

NECROLOGIA DE 1916.

Triunfo, enero 1^o/917.

Cruel ha sido el destino en el año que acaba de finalizar: los muertos ilustres han excedido los de otros períodos en gran número. En los primeros meses nos trajo la prensa bonaerense la noticia de haber dejado de vivir el que fué insigne violinista, famoso en ambos mundos Brindis de Salas. El negro ilustre, a despecho de su nombradía y de su talento incuestionable, falleció en la miseria. En una habitación de una casa de vecindad miseramente vestido, fué hallado su cadáver, que solo después de dos o tres días pudo identificarse. Brindis de Salas había recorrido en triunfo los teatros más importantes de América; hizo escuchar la magia de su arco incomparable ante todas las cortes de Europa y en América fué aplaudido por públicos tan inteligentes como los de Río Janeiro, Valparaíso y Buenos Aires. Faltaba de Cuba hacía varios lustros, y aunque su nombre no se había olvidado, sí resultaban cortadas sus relaciones con el país. La noticia de su muerte causó honda pena, por ella misma y por las dolorosas circunstancias en que ocurrió, miserable, abandonado, desconocido el que había sido ídolo de multitudes.

El diez de Enero murió un prócer de la independencia: el general José Fernández de Castro ex-presidente de la Cámara de Representantes. Es el segundo ex-presidente de la Cámara que ha muerto: fué el primero otro general, muy culto y muy digno. Por tuondo, asesinado en Oriente. La inhumación de los restos del general Fernández de Castro fué un acto solemne al que concurrió el elemento oficial.

Días después, el 14 de febrero, falleció el coronel Luís Pérez, un tan inolvidable actuación en la vida pública cubana. En Vuelataba, especialmente, su hombría de

bien, su patriotismo, celoso y desinteresado, lo había hecho un ídolo del pueblo. Fué una gran desgracia par asu región la muerte de este esclarecido patricio.

Rudísimo golpe sufrió la intelectualidad cubana con la muerte inesperada de uno de sus más gallardos exponentes: Eliseo Giberga y Galí, fallecido horas después de haber pronunciado en el Liceo de Matanzas una de sus mejores oraciones, con motivo de la solemnidad del 24 de febrero. Tributo merecidísimo de admiración y de simpatía le rindió el pueblo al que fué gran tribuno y uno de nuestros convencionales. La prensa, unánime, hizo póstuma justicia a los esclarecidos méritos del ilustre cubano. El 16 de julio se descubrió en la calle de Contreras, empotrada en la pared de la casa marcada con el número 25, casa en que nació Eliseo Giberga, una lápida conmemorativa.

El modesto homenaje que ha de ser el último que se rinda a tan insigne cubano, congregó al pueblo matancero, que adoraba en el grandilocuente tribuno, uno de los más hábiles parlamentaristas que ha poseido Cuba y que quizás, de los que han nacido en este suelo, solo se le pueden oponer como rivales a Ramón de Armas y Saenz, Rafael Montoro y en nuestros días a Wifredo Fernández.

El 26 de junio se efectuó una velada en que el eminente jurista don José Antolín del Cueto honró la memoria de Giberga. A esta velada concurrió el Jefe de Estado que prodiga bien poco su presencia.

No fué la ciencia menos castigada en el año que ha finalizado. Julio Jover, elevaado a la consideración de toda la República por su labor meritisima de varios lustros como metereólogo, cayó para siempre el 26 de febrero. Julio Jover se había abierto paso por sus propios merecimientos y era uno de los villanos más amados y respetados de su región.

2

17

Y este mismo mes vió morir otro libertador dignísimo: Alberto Rojas, villareño también que en Placetas gozaba del cariño unánime y de la estimación general. Rojas fué un hombre de bien, leal, cariñoso, que bajó al sepulcro sin una mala acción de que arrepentirse y habiendo servido a su patria con ejemplar abnegación. Otro buen cubano, el coronel Ramón Soalno murió el 29 de marzo, priyand oa Cuba de sus servicios ejemplares y dejando imborrable recuerdo como ciudadano y como miembro ilustre de la legión libertadora.

Horta, el exquisito escritor, el cronista de inagotable fantasía perenne peregrino que rompió en Puerto Rico, donde residía con un cargo consular, con su propia mano los alzos que lo ataban a la vida, reposó para siempre en su tierra cubana desde el 5 de abril, en que fué inhumado, acompañado sus restos exíguo número de compañeros y de amigos, en el Panteón de los Repórter, y habiendo costeado la piadosa repatriación de esos-despojos la benemérita Asociación de la Prensa.

No cabe anotar a Horta entre los desaparecidos del año, pero sí a Fabio Freyre, muerto el 23 de mayo. Fué Fabio y Estrada una personalidad querida de todos que todos respetábamos por su entereza, por su dignidad caballeresca, por su lealtad, por sus títulos preclaros de patriota.

Y otro cubano meritísimo, que no sirvió a Cuba con las armas,

pero que la honró con su saber, con su decoro, con su dignidad, con su conducta pulquerrima, en una larga vida preñada de nobilísimos ejemplos, fué don Alejandro Muxó que bajó a la tumba el 11 de septiembre, rodeado del amor de los suyos, del respeto y del cariño de sus innumerables discípulos.

El 2 de agosto fué una fecha infausta para el liberalismo: Enrique Messonier, uno de sus voceros más elocuentes un tiempo, de sus adictos más fieles siempre, cayó víctima de larga y dolorosa enfermedad.

La vida de uno de los héroes más grandes de la libertad cubana, la señora Isabel Vélez conpañera que fué del excelso Calixto García, murió el 9 de agosto. La ilustre dama dió vida a hijos que han servido a su patria con su heroísmo y la honran con sus talentos y servicios valiosos. Fue modelo de esposas, modelo de madres, ejemplo de virtudes. Realizaba el tipo de la matrona de otros tiempos, que no se afectaba por sensibilidades enfermizas ante el riesgo de los suyos, comprometiendo la existencia al servicio de la patria. Comprendía la necesidad del sacrificio y lo aceptaba con estoicismo admirable. Fué digna hija de aquella insigne húnguez, madre de Calixto García, que cuando le anunciaron que su hijo había caído prisionero negó el hecho y le dió crédito cuando le comunicaron que al verse derrotado había disparado su revólver contra su noble frente... La vida de la señora Vélez fué de constante enseñanza, de virtudes admirables, de constante dolor, en medio de persecuciones, de la conspíración, de la ausencia, de la guerra. Su noble corazón, viril, en su seno de mujer que había sido hermosa y bella, no flaqueaba jamás cuando se trataba de Cuba. Y el pueblo habanero supo rendirle honores más valiosos que los de la consagración oficial, que también y merecidamente los tuvo, al acompañar su féretro a la última morada, significando un dolor sincero y elocuente.

Un prócer que figuró siempre en nuestra sociedad con títulos inmejorables, el venerable conde Fernandina, cuyo ilustre nombre figuró a mediados del siglo anterior en las crónicas sociales de Europa, representante de la mejor aristocracia criolla, que no cifraba sus timbres en necio desprecio hacia los demás, sino en practicar las más relevantes virtudes, fué otro de los cubanos distinguidos que nos abandonó el último año. El caballeresco Conde deja tras sí un recuerdo imborrable por sus prendas personales, por su distinción insuperable, por su prócer existencia.

El 15 de septiembre dejó de existir en una clínica neoyorkina. el que a la sazón desempeñaba el cargo de Secretario de Sanidad, el doctor Enrique Núñez, coronel de la guerra de independencia y personalidad de alto relieve social e intelectual más aún que político. Esos títulos legítimos, su carácter entero aunque a veces rudo, su hombría de bien, su rectitud le granjearon el aprecio del país. Su acción en el Departamento que le confió el actual Presidente fué notable, cuando menos por la dedicación y el entusiasmo que consagró a ese ramo de la administración. El gobierno repatrió sus restos con carácter oficial, enviando uno de nuestros buques a la Florida donde se efectuó el traslado por tierra desde New York. El cadáver estuvo expuesto dos días en el Palacio Presidencial, y el entierro constituyó uno de los actos más solemnes y demostrativos de popularidad que en esta clase de actos se recuerda después del entierro de Máximo Gómez. La pasión y el interés político, que no se detiene ni al borde de una tumba, trató en vano, de hacer arma favorable al gobierno de aquella demostración de aprecio rendida a un buen funcionario que había sabido defacarse con brillo propio en un ambiente de medianías. Enrique Núñez hizo obra meritoria, y así lo reconoció la prensa liberal sin restricciones. Esa obra no fué concordante con la del Gobierno: todo lo contrario, resultó un patético contraste, y el pueblo quiso patentizar su adhesión al que lo había servido bien, no al que lo había exaltado.

Otro funcionario de Sanidad, el doctor Enrique Barnet, que fué de los organizadores de nuestra Secretaría y que había sido de los que pertenecieron a nuestra primitiva Junta Nacional de Sanidad falleció en New Orleans, el 23 de

septiembre, y también sus restos fueron repatriados.

Tampoco quedó para reposar eternamente en tierra extraña el cadáver de otro cubano que murió en New York: Andrés García Santiago. Su muerte ocurrió el 20 de septiembre y sus restos fueron repatriados el 21 de noviembre inhumándose el día 22. Andrés García Santiago fué un buen cubano, un excelente padre, un modelo de esposos, un ciudadano ejemplar, un amigo imponderable, liberal de los más consecuentes, sirvió a su partido como sirvió a su país, con notoria abnegación honrado y leal, aún sus enemigos lo estimaban. Tenía arranques veniales, pero era ante todo generoso y noble. No hay quien lo recuerde sino con afecto, con íntima ternura, porque aquel hombre impetuoso, pronto siempre a jugarse la vida, dispuesto al sacrificio por sus amigos, era un niño en el terreno de los afectos, sensible, sin un egoísmo, sin un resquicio de egoísmo. El fué el último de los cubanos eminentes que nos abandonaron en este lapso que reseñamos: la lista es larga y contiene nombres que serán tan duraderos como lo sea la memoria y la gratitud de los cubanos para los que le dieron honor y patria.

Trinco, en 10/17

